



# Herodes adorna con luces de muerte el árbol de Navidad

Ismael Medina

Relata el evangelista Mateo, y conviene recordarlo ya que el mundo sólo ha cambiado en las apariencias, y en cada generación, hasta hoy mismo, menudean los herodianos:

"Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y venimos a adorarle. Al oír esto el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén, y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Mesías. Ellos contestaron: "En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta."

Es de sobra conocido, pero también conviene recordarlo, que Herodes Magno, cabeza de la dinastía de los herodianos y de sus adictos, era un rey consentido por el imperio romano al que servía. Y que, tanto por su condición de ejecutor de los mandatos imperiales como por sus abusos y perversiones, lo aborrecían amplios sectores del pueblo sojuzgado. El anuncio de los magos atizaba los temores de Herodes, de sus cortesanos y de la casta sacerdotal a verse despojados del poder y de sus regalías. No hay, en efecto, monarca o jefe más receloso que el déspota cuyo poder es delegado y se asienta sobre la trampa, la arbitrariedad, la manipulación de la voluntad del pueblo y la fuerza.

Prosigue el evangelista Mateo:

"Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, les interrogó cuidadosamente sobre el tiempo de la aparición de la estrella; y enviándolos a Belén les dijo: Id informaros sobre ese niño, y cuando lo halléis, comunicádmelo, para que vaya yo también a adorarle. Después de oír al rey, se fueron, y la estrella que habían visto en Oriente les precedía, hasta que llegada encima del lugar en que estaba el niño, se detuvo. Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo, y entrados en la casa, vieron al niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron, y abriendo sus alforjas, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.. Advertidos en sueños de no volver a Herodes, se tomaron a su tierra por otro camino".

Los magos que adoraron a Jesús niño en Belén carecían de reinos. Su territorio era el ilimitadamente limitado del pensamiento. Conocían los secretos del universo y sabían leer en el parpadeo de las estrellas los mensajes del Señor. No adoraban ni

cultivaban los arcanos de la ciencia como ambicioso empeño encaminado al hallazgo y posesión de instrumentos de poder. Los magos, o alquimistas, discernían con rigor lo que era apropiado para el bien y aconsejable su correcto uso, de lo que, siendo pemicioso, debían esconder al conocimiento de los hombres. Y en especial, a los poderosos. Y así fue durante generaciones y generaciones, hasta que los ajenos, los judeos herederos de la estirpe ideológica de los herodianos, invadieron sus reductos confraternales, allá en las postrimerías del XVII, les robaron sus secretos y los utilizaron en adelante para consumir ambiciones de dominio, someter a las gentes, expropiarlas, explotarlas y hacerse dueños de todas las riquezas. Para destruir el equilibrio de la naturaleza. Para pervertir, en suma, el orden natural creado por el sopro divino. Para satanizar el mundo.

Los magos se juntaron en el camino a la búsqueda de la Verdad. Cada uno llegaba de una tierra distante, simbolizada por la ofrenda que hicieron al nacido en la humilde cuna de Belén: con el oro, el don de la energía divina; con el incienso, ahuyentador de los flujos del pecado, el don de la pureza; y con la mirra, el don de la salvación de las almas. No hacían regalos mundanos para un rey terrenal, sino que se valían de su simbolismo para confirmar que en aquella delicada criatura había encarnado el Espíritu llamado a reinar sobre las almas y a escandalizar con la Verdad. De ser el rey de los judíos que la sinarquía esperaba, un rey con cetro y espada, habría nacido en un palacio y no en un establo.

Los magos, los celadores de las escondidas leyes del orden universal, sabían que la estrella les guiaba hacia el gran misterio de la redención del hombre. Hacia el titular de un reino que no era de este mundo. Hacia el que habría de predicar el amor, la caridad, el perdón, la hermandad, la paz....

Sigue el relato de Mateo:

"Partido que hubieron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para quitarle la vida". Levantándose de noche, tomó al niño y a la madre y partió para Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había pronunciado el Señor por su profeta, diciendo: "De Egipto llamé a mi hijo". Enton-

ces Herodes, viéndose burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en sus términos de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había inquirido de los magos".

Hasta aquí el relato de San Mateo. Ahora, enhebro sobre él mi reflexión navideña de 1998.

Herodes se dijo: "No sé quien es el niño llamado a quitarme el reino. Pero si mato a todos los niños de Belén y su contorno, habré conseguido mi propósito de matarlo a él y eliminar el peligro".

No encerraba originalidad alguna la proterva astucia de Herodes Magno. Antes de él lo habían hecho otros. Además, se sentía amparado por la interpretación talmúdica que los escribas hacían del relato bíblico de la liberación los judíos esclavizados en Egipto. ¿O acaso no castigó Yahvé al faraón en su descendencia con la muerte de todos los primogénitos? Si el nuevo rey de los judíos, misteriosamente nacido en Belén de estirpe para Herodes desconocida, estaba signado para suplantarle en el trono, y él lo era con la anuencia de los infalibles intérpretes de la Ley que guardaban el Templo, le era lícito recurrir al exterminio de una generación para salvar al pueblo elegido de una subversión amenazadora para la ortodoxia talmúdica y para su acomodo con el poder pagano del imperio. Nadie podría acusarle de genocida, pues obraba el servicio de la Ley y para mejor salvaguardar el cumplimiento del destino reservado por Yahvé al pueblo elegido.

¿Cuántas veces se ha repetido después en el mundo el soliloquio y la acción genocida de Herodes Magno! ¿Magno por qué? Magno tan sólo por su ferocidad dominadora y por su apego exasperado al poder. Herodes, fiel a la tradición talmúdica, hacía un mismo cuerpo de raza y religión. Sólo el pueblo elegido era digno de la predilección de Yahvé. El resto de los mortales, los gentiles, los *goim*, eran animales, indignos a los ojos de Yahvé. Y de Herodes, brazo ejecutor de la justicia divina contra los enemigos de la Ley. ¿O no está escrito en Zohar (III,227b): "El único sacrificio que se requiere es que eliminemos a los impuros de entre nosotros? O en Sanhedrín (59a): "El rabino Jochanan dice: es culpable de muerte el *goim* que escudriña dentro de la Ley". O en Sheper or Israel (117b):"

Quita la vida un *klipoth* y mávalo; así complacerás a Yahvé de la misma manera que el que le ofrece incienso".

La Ley amparaba a Herodes en su decisión de exterminar a los inocentes para eliminar al nacido que tenía como enemigo del pueblo elegido. Necesariamente lo era el desconocido niño llamado a reinar sobre un reino que ya tenía un rey, purificado en el Templo, legitimado por el sanhedrín y aclamado por la asamblea.

Muchas veces después de Herodes, demasiadas, ha habido quienes imitaron e imitan al déspota judío, amparándose en farisáicas legitimaciones como las de aquel degollador de inocentes. Las modernas ideologías deterministas reproducen en sus aspectos esenciales de elegidos y apastados los prejuicios talmúdicos sobre los que Herodes alzaba su orgulloso poder, pese a estar servilmente subordinado al imperio. Adam Weishaupt recopiló y actualizó sus preceptos por encargo de la Casa Rothschild en 1700. El trabajo de Weishaupt se convirtió en el cuerpo ideológico de la Orden de los Iluminados, adoradores del Maligno, creada en la noche de Walpurgis (1º de mayo) de 1738, bajo el signo apocalíptico de los tres seises. El ginebrino Cohen, luego Calvino, uno de ellos, lo tradujo a falso credo religioso, encaminado a confundir a los católicos y a detivarlos hacia la adoración de la riqueza como camino de salvación. O sea, el retorno enmascarado a la adoración al Becerro de Oro. Hegel se instituyó en su definidor para los gentiles e impulsor doctrinal de las revoluciones materialistas. Yahvé cedió el paso al Gran Arquitecto del Universo y al Estado como herodiano poder omnímodo. Brotaron nuevas formas de racismo. De pueblos y sistemas políticos elegidos y de pueblos y sistemas preteridos. Al mensaje de salvación para el hombre, para todo el género humano, que había de predicar el niño nacido en Belén y hurtado de la ferocidad genocida de Herodes por el aviso del ángel a José, opuso el relativismo materialista la engañosa pancarta "Libertad. Igualdad. Fraternidad", enarbolada sobre la gran degollina de la revolución francesa e inspiradora de la declaración de los derechos humanos. En realidad, del derecho del más fuerte a imponer su credo a los disidentes con análoga brutalidad que Herodes. Prejuicios contra prejuicios,

brutalidad frente a brutalidad, genocidio por genocidio, signan el trágico devenir del siglo que expira con el nuevo año, a punto de comenzar con el sanguinario prólogo de una tormenta de estrellas mecánicas que, a diferencia de la que guió a los magos hasta Belén, portan mensajes de muerte y destrucción.

Otro nuevo Herodes le ha nacido al determinismo materialista de su vientre satánico. El imperio y sus provincias serviles remedan a la Roma decadente de los falsos dioses; se revuelcan en la dorada charca de un debraguetado hedonismo; consumen en masa lo innecesario, con avidez siempre insatisfecha; encienden rutilantes luminarias en homenaje un laicizado Papá Noel de guardarropía; entronizan la lascivia; someten la Verdad a la proclividad promiscua del número; hacen de los derechos humanos una mercancía sólo asequible a los poderosos; pisotean los valores morales; prostituyen la ley; corrompen la justicia; halagan y excitan los bajos instintos de los pueblos, degradados a la condición de desalmadas masas gregarias; esclavizan y exprolian a la mayor parte de la humanidad....

Mientras todo eso sucede, y el niño nacido para rey de las almas llora la indignidad de los que vino a salvar desde el pesebre de lo humildes "belenes" de los que aún conservan la fe, el nuevo Herodes enciende luces de muerte en su endemoniado árbol de Navidad. Y, amparado en las tinieblas, llena de estrellas genocidas el cielo de un pueblo indefenso y atónito. Es el último, por ahora, de una casta herodiana que ya dejó tras de sí, en esa misma tierra, una silenciosa y encanallada matanza de inocentes que alcanzó a más de un millón de niños, a las madres que los parieron con esperanza de vida y a los padres que no pudieron conducirlos al Egipto de la salvación porque Herodes y sus sayones cerraban el camino con barreras de fuego.

Al nuevo Herodes, a los que le antecedieron y a quienes le siguen en el empeño que tiñe de sangre inocente, a un mismo tiempo, la Navidad cristiana y el Ramadán islámico, hemos de replicarles con lo que Jesús, ya hombre, dijo a los judíos que le negaban (Juan, 8.21): "Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él".